

13 de septiembre. Anochece un martes...



*Esas calles que conoces se despiertan por la noche,
Como restos de un pasado, siempre envueltos en pecado.
Y los besos que pagabas resbalaban por tu espalda
Como flechas del amor que nunca encuentran la diana,
En una casa en llamas, o en un pequeño hotel,
En pensiones baratas...*

Con el amor propio en caída libre, Frank toca uno de sus temas originales cogido a su guitarra eléctrica. La persiana cerrada de este almacén del centro, tapada por pintadas, con esas bicis aparcadas a los lados, no es el escenario que soñaba al llegar a Madrid.



*Sentimientos que resbalan por debajo de una falda,
Partes rotas de un espejo que no devuelven las miradas,
En una casa en llamas, o en un pequeño hotel,
En pensiones baratas, en una casa gris
Cerrada y sin ventanas...*

Los rótulos de los comercios hacen las veces de iluminación para este músico de veintidós años que, como tantas otras tardes, durante dos horas ha recorrido sin micro el legado blues de Salomon Burke

y Muddy Waters plantado en este rincón de paso.

Barba de varias semanas, vaqueros ajustados, camiseta negra sin mangas... Frank sería el vivo retrato del Springsteen del '75 de no ser por esa mirada tan apagada. Le asquea que su voz venida a menos parezca mendigar cada pedazo de euro que golpea hueco la funda acolchada de su guitarra.

Sin tiempo ni ganas de más, desconecta su amplificador. Recoge el puñado de monedas esparcidas por el terciopelo azul haciendo equilibrios en cuclillas y acuesta en su lugar su cascada Stratocaster color madera antes de acercarse a intercambiar repertorio con un camello amigo que fuma en la penumbra.

Con sus bártulos y lo que ha pillado para colgarse como equipaje, deja que la boca del metro le succione hasta el angosto cuarto de su pensión. Allí, tirado en la cama, rodeado de las broncas, ronquidos y polvos por horas que atraviesan los tabiques, finos como el papel de fumar que maneja entre sus dedos, Frank repasa los acordes de su insatisfacción tras dos años fuera de su barrio.

Demasiadas horas de montaje de escenarios, de afinar instrumentos para otros, repartiendo maquetas, esperando respuesta, para acabar actuando en las calles.

—Joder... No puedo más... —comparte en voz alta con el ronroneo de la ciudad. Harto de esa llamada que no entra, consciente de que esta no era su apuesta, se pregunta si es hora de abandonar—. Me piro... —

largos silencios separan sus balbuceos—. Sí... Fin del trayecto... Vuelvo a casa... —acepta con sabor a fracaso, como si oír sus pensamientos le ayudara a tomar la decisión.

“Dejaré de meterme... Montaré mi propia banda...”, sigue dándole vueltas a la idea mecido por el traqueteo del pasillo. “*Rosa's Motel...*”, rueda un posible nombre por su mente. “No, *Long Train...*, por el metro interminable que he cogido cada noche..., por el ‘Downtown train’ de Tom Waits..., porque el camino de vuelta va a ser largo, tío...”.

Otro 13 de septiembre tres años más tarde. Noche cerrada. Sábado

Con la acera por cama, Doro acomoda la cabeza en un espacio mullido de su mochila. Acurrucada contra la tapia de la estación de autobuses de Dublín, por mucho que se estira la cazadora, no consigue evitar que el frío de la madrugada le cale por la cintura. Tiene el móvil perdido en un bolsillo, sin batería.

Para no sentir, canturrea por dentro el hit de los Kinks que su madre, Lola, le tarareaba de niña como nana subversiva: “*Lola, Lo-lo-lo-lo Lola...*”. Se imagina junto a ella, hechas ovillo en su cama, bien agarradas, como esos días antes de venirse a Irlanda en los que han hecho de tripas corazón para sobreponerse a la muerte de su padre, todavía no hace un año.

Huyendo de la morriña de la canción anterior, Doro cambia de compañía con Los Suaves: “*Las vueltas que da la vida, el destino se burla de ti, dónde vas bala perdida, dónde vas triste de ti, dónde vas...* ¿Quién me mandaba a mí meterme en este lío?”, tiritita sola en la oscuridad. Se siente al límite, pero no llega a arrepentirse del todo. Acaricia entre sus dedos la púa que ha recuperado del suelo al final del concierto de Cage the Elephant. “Mejor equivocarse que quedarse con las ganas”.

Sin abrir los ojos, comprueba con un movimiento reflejo que sigue a su lado el póster

gigante bien enrollado que ha comprado para su amigo Pablo en un sótano-mercadillo, su segunda casa muchas mañanas de sábado. La primera vez que dio con esta lengua de más de un metro de los Rolling Stones, rojo sobre negro, pensó en su padre, pero a él ya no se la podía llevar.

En cada sitio que ha estado este verano, algo le ha recordado también a Pablo, a las anécdotas y confidencias que compartieron de pupitre a pupitre el curso pasado, a las canciones que él le escribía con su Bic azul mordisqueado en los márgenes de la mesa de clase; a las veces que, a solas con él, Doro maldijo el “puto cáncer” que se ensañó con su padre siendo tan joven.



A la misma hora, casi la una de la mañana, en un callejón del barrio

El ambiente caleidoscópico del Hard Time gira sobre un oleaje humano que arrastra a Pablo, asfixiado de calor, frente al escenario en el que sueña tocar algún día. Fuera, el luminoso de la sala, engalanado con pequeñas bombillas que imitan la estética de los '50, anuncia el concierto de esta noche: Long Train actúa en casa.

Frank y su banda se dejan la piel sobre las tablas con una lona negra desnuda de telón de fondo y unos focos a sus pies que trazan las sombras de sus siluetas

como si los faros de dos coches les lanzaran destellos desde el público.

—No hay noche sin blues...

En cuanto Pablo escucha a Frank presentar entre jadeos un blues prestado de Perros de Paja, echa mano del móvil para que Doro pueda escuchar con él desde Dublín un tema que no conocen, pero “no está disponible”.



*Tranquila mi vida, tú has nacido para brillar
En la noche más oscura o en la mañana más fría.*

Cogido con las dos manos al pie del micrófono, su guitarra por bandolera, Frank revive con roncocos gemidos fantasmas del pasado. Hace hablar a la canción desde la tarima sin artificios del Hard:



*Recuerda, que solo resbala quien se pone de pie
Tras el último tropiezo.*

*No te preocupes por mí, yo nací para coger el
próximo tren.*

Las tornas se han girado. Al contrario que en las calles de Madrid, ahora los últimos minutos son los que Frank dedica a las versiones. Tras tres años de

maquetas, mucha carretera y horas y horas en las redes sociales, Long Train se ha forjado un nombre en el panorama *underground*. Incluso algún que otro músico más conocido que ellos se deja caer por sus directos en batidas de espionaje musical.

Desde primera fila, la mirada aprendiz de Pablo derrapa con Frank, que pisa a fondo la distorsión y cierra el tema con su eléctrica muy cerca del amplificador, acunando el retorno hasta que muere todo sonido. De una zancada, con una de sus habituales piruetas del ánimo, como volviendo de muy lejos, Frank encara otra vez esos rostros pendientes de él y empieza a balancearse con el riff del “Maneras de vivir” de Leño.

Extraños y conocidos botan y se agarran por la alquimia del directo. Pero Pablo no se abandona a la fiesta. Sin dejar de sentir, apoyado contra la pared a un lado del espectáculo, disecciona cada pose de Frank. Analiza su rock como si estuviera en clase de conservatorio:



*Te busco y estás ausente, te quiero y no es para ti,
A lo mejor no es decente, maneras de vivir.*

—Ahora sí nos vamos —se despide Frank—. Gracias por compartir viaje en este vagón de 2ª clase. Hasta otra...

Alguna gente anda todavía en la barra a por su última copa o metiéndose algo en el baño. Otra, ofreciéndose para dormir.